

DANTE Y SU POEMA

(En la velada con que Bogotá celebró el sexto centenario del poeta)

Excelentísimos e Ilustrísimos señores:
Señoras y caballeros:

Aquel preclaro varón, santo de veras, cuya ausencia eterna ha dejado hondo vacío en nuestros corazones, el R. P. Antonio Aime, inspector de los salesianos en Colombia, con el fin de responder a un anhelo del Sumo Pontífice felizmente reinante, dispuso esta solemnidad para celebrar la memoria de Dante Alighieri, en el sexto centenario de su muerte, y me honró suplicándome que dijese, con tal ocasión, algunas breves palabras. Una de las últimas voluntades del amadísimo Padre fue que su fallecimiento no sirviera de motivo para suprimir o retardar la fiesta; y no he querido ser yo menos obediente que los hijos de don Bosco al precepto del que prácticamente resultó ser mi superior, puesto que siempre consideré sus menores deseos como ineludibles mandatos.

Semejará quizás a muchos de vosotros que una persona habituada a proclamar desde el púlpito las grandezas infinitas de Dios no debe hallar tropiezos para hacer el panegírico de un hombre, magno entre los mayores del humano linaje, pero, al fin y al cabo, mera criatura limitada. Si así pensárais, vuestros juicios no esta-

rían conformes con la realidad. Discurre el sacerdote, con facilidad y abundancia y sin marcado temor a su auditorio, sobre las obras y los atributos divinos, porque el asunto de que trata es el mismo de sus estudios y meditaciones durante largos años; porque le infunde confianza el encargo de predicar el Evangelio, que ha recibido de lo alto, y porque, en la elección de pensamientos, frases y palabras, dispone del venero riquísimo de las Escrituras Sagradas y de las obras de los santos padres y doctores de la Iglesia.

No acontece lo propio en el presente caso. Para comprender a Dante es preciso conocer a fondo, no sólo la historia universal, sino la particular de Italia, en aquel período oscuro y atormentado que separa dos edades del mundo: la media y la moderna; tiempo en que la Península estaba dividida en minúsculas repúblicas, que fueron la causa de la debilidad y el fundamento de la grandeza de la gente italiana; época en que andaban mezclados los vicios y los crímenes más atroces con las virtudes más sublimes, la ignorancia con el saber, la rudeza con el refinamiento de costumbres, el lujo con la sórdida miseria; cuando se codeaban a cada paso el *condottiero* y el fraile mendicante; cuando muchos barones a penas si sabían firmar en toscos caracteres, y aún no se había secado la tinta con que habían escrito Santo Tomás, San Buena-

ventura y Duns Escoto. Se requiere también ciencia completa de la filosofía y la teología escolásticas, que forman la urdimbre de la tela en que el ingenio portentoso del Alighieri pintó sus cuadros sublimes de ultratumba; y es indispensable saber, cual idioma propio, la opulenta, flexible y dulce lengua toscana, y no como es hoy, sino como se hablaba ahora seis siglos. Con estos datos convendréis en lo imposible que sería para mí pronunciar un discurso académico sobre el más excelso poeta que haya florecido en todas las edades cristianas.

Y, en el falso supuesto de que fuera yo capaz de semejante empresa, me cuidaría de acometerla esta noche, en que nos hallamos lejos de las aulas universitarias, en un recinto, morada no de la ciencia, sino del arte; cuando veo entre vosotros personas para quienes Dante no tiene secretos, y me encuentro ante un lucidísimo auditorio de damas y de caballeros, que no han venido al análisis sino al elogio del cantor de Beatriz, la doncella objeto de los purísimos anhelos del poeta, muerta en edad temprana y en quien él personificó a la teología, reina y señora de las ciencias. Ya que estas deshilvanadas frases han de tener tantos defectos, a lo menos que no se las pueda tachar de inoportunas.

«Un poema propiamente dicho, enseña don Miguel Antonio Caro, es un libro que moralmente pertenece a la humanidad; históricamente, a una nación; literariamente a un escritor; él ha de ser, además, obra de arte, es decir, uno por el pensamiento y hermoso en la ejecución.» Completa el maestro, en su estudio sobre Virgilio, la anterior descripción, diciendo que la poesía épica es, por esencia, religiosa y brinda ancho campo al elemento sobrenatural. Así tiene que ser. Ella no florece sino en la adolescencia de las razas y de las naciones; y la incredulidad es achaque senil de las sociedades humanas. A mi humilde juicio, la *Divina Comedia* no es un poema puramente literario, como lo había sido el de Virgilio, como lo serían los del Tasso y el Ariosto, sino que es la epopeya primitiva de la moderna civilización cristiana.

Escribióse en la época de transición, generadora de un mundo nuevo, de que os hablé al principio; en una lengua no fijada todavía; sobre el asunto que más preocupaba a la humanidad de entonces y más debiera interesar a la humanidad de todos los siglos: la suerte de las almas después de la vida presente; es un resumen de los anales italianos, un himno triunfal ante las glorias, un sollozo desgarrador ante los infortunios de la patria. Todo ello en una forma personalísima, en que andan juntas la exposición de una tesis escolástica y la vívida y coloreada

descripción de un paisaje; el rasgo sublime y el cuadro impregnado de ternura y delicadeza; sin el pueril temor de llamar las cosas por su nombre; dejando que se sucedan la frase cincelada con esmero, el término técnico, la burda pero enérgica expresión recogida de labios de soldados y gañanes. No se sirve Dante del verso suelto, consagrado por Virgilio y Lucrecio, ni de la octava que inmortalizarían más tarde el cantor de *La Jerusalén* y el del *Orlando*, sino de los tercetos, que van encadenándose como los días de nuestra vida terrena, como los resultados de nuestras buenas y nuestras malas obras. Lo sobrenatural que, en las demás epopeyas, es parte secundaria, aquí es lo principal, es el asunto mismo de la obra.

Enseñan allá los preceptistas que la épica es naturalmente objetiva; lo que en lenguaje corriente quiere decir que canta lo que se halla fuera del alma del poeta; a diferencia de la lírica, que tiene por asunto las impresiones, ideas, afectos y pasiones del cantor. En la *Divina Comedia* el protagonista del poema es Dante mismo; pero él no describe lo que piensa, sino lo que ve; no lo que siente, sino lo que oye. Si en toda la acción deja transparentar su ardiente fe católica; si nos revela de cuando en cuando su ideal de una monarquía absoluta y universal; si alude a las vicisitudes de su vida y aun a los amores nunca premiados de su primera juventud, todo

ello es cosa secundaria y como por accidente; sirve para descanso del lector y contribuye a la rica variedad de la narración. Es grato al que está oyendo una briosa partitura musical, ejecutada por instrumentos de cobre, el momento en que callan todos, para dejar que, por algunos compases, se desgranen solas las dulces y melancólicas notas de la flauta.

La unidad del poema dantesco no consiste sólo, como en la *Odisea* de Homero, en que sea uno el viajador que recorre las comarcas más diversas, a través de tierras y de mares, sino en que el infierno, el purgatorio y el paraíso son manifestaciones distintas de la omnipotencia, la sabiduría y la justicia del Supremo Señor; y estos atributos resaltan en todos los cantos del poema. La variedad de la *Divina Comedia* no tiene semejante; variedad de asuntos, de descripciones, de entonación, de estilo. ¡Qué contraste entre las hórridas visiones infernales, que semejan las de un hombre devorado por la fiebre, y la plácida pintura de la montaña del purgatorio, bañada por indecisas lumbres de aurora, que son para las almas anuncio de la próxima salida del sol; donde los tormentos están atenuados por la resignación y endulzados por la esperanza; donde reinan juntas la desgracia de no poseer a Dios y la felicidad de amarlo y la imposibilidad de ofenderlo! No contrasta menos el tono apacible del segundo canto con los fervidos himnos triun-

fales, los místicos raptos, que se hallan a cada paso en la divina visión del paraíso, y emulan los afectos encendidos del Serafín de Asís y preludian los éxtasis radosos de Santa Teresa y San Juan de la Cruz.

Voy a decir una palabra sobre la originalidad del gran poema. Si un autor, para ser original, necesitase ser total y absolutamente nuevo en el fondo y la forma de la obra, la predicha cualidad no existiría ni habría existido nunca en este mundo; porque la generación espontánea es tan imposible en el orden intelectual como en el universo corpóreo. Dante tomó la idea del descenso al averno del libro sexto de la *Eneida*; y le pagó el préstamo a Virgilio nombrándole su guía, en la parte del misterioso viaje que empezó a las puertas del infierno y terminó poco antes de columbrar en lontananza los mágicos alcázares de la gloria. Hay más aún: sacó el Alighieri del altísimo poeta mantuano y de otros vates del paganismo una multitud de lugares y de personajes. En la *Divina Comedia* se encuentran los ríos Aqueronte y Leteo y la laguna Estigia; allí, el barquero Carón que, en su ligero esquife, conduce las almas precitas, de la orilla donde terminan los efímeros goces del tiempo, a la ribera en que comienzan los invariables dolores eternos; allí el juez Minos, que pesa en una balanza las almas de los réprobos, para igualar lo

acerbo de las penas a la gravedad de las culpas; allí el Minotauro y Gerión, las Furias y las Parcas. Inexcusables parecerían estas imágenes, en el poema católico por excelencia, a quien no recordara que el Espíritu Santo enseña, por boca de David, que todos los dioses de los gentiles son demonios. La mística de Dante es la de San Bernardo y San Buenaventura; muchas de sus descripciones son las de los grandes predicadores mendicantes; su filosofía es la escolástica, llegada al apogeo en la anterior centuria; innúmeras frases son de las Santas Escrituras.

Y con todo eso, por el conjunto y por la inspiración, y por el estilo, y por la mayor parte de los detalles, la *Divina Comedia* es la obra más original que se haya escrito. No se ajustó a ningún modelo y—lo que es más todavía—nunca ha tenido imitadores. No es una fábrica, es una creación; no es producto del talento, sino inspiración de uno de los genios más excelsos con que Dios ha regalado al mundo.

Cuando opino que la *Divina Comedia* es poema primitivo, no pretendo asimilarlo a los otros que llevan la misma calificación: a la *Iliada*, por ejemplo. Las dos epopeyas pertenecen a un mismo género, pero a diferentes especies, muy alejadas entre sí. Compárense los númenes de la gentilidad, tutelares de un pueblo, enemigos de todos los demás, con el único y verdadero Dios nuestro, que no reconoce judío ni griego, roma-

no, ni bárbaro, ni escita; las divinidades en que se personificaban las pasiones humanas, con el espíritu de santidad que nos ordena mortificarlas todas. El poeta florentino no canta las vicisitudes de un dios o los viajes o hazañas de un héroe, ni guerras de estirpe a estirpe; sino la pugna universal y constante entre el bien y el mal, que tiene por estadio el alma de cada hombre, se extiende a toda la progenie de Adán y es la clave de la filosofía de la historia. Al genio incomparable de Dante le venían estrechos una nación y un siglo, y abarcó, con ojo de águila, la humanidad entera, sin valladares de espacio ni de tiempo. Sirvióle a su propósito el estado en que Europa se encontraba: belicosa y revuelta, es verdad; pero dotada del bien supremo de la unidad religiosa, con un Dios, una fe, un bautismo, un jefe espiritual por todos reconocido y acatado.

El poema católico, que significa universal, debía ser escrito en Italia, que había sido madre de la civilización antigua; que ya sentía bullir en sus entrañas los gérmenes del Renacimiento, que posee, por disposición divina, la cátedra de la unidad y de la enseñanza infalible,

U sede il succesor del maggior Piero.

Os he hablado somera y superficialmente sobre la epopeya de Dante, mirada por su aspecto literario. De intento he prescindido de citas, por-

que, en el programa de esta fiesta figura la recitación de algunos fragmentos del poema. Pero él es, además, uno de los mayores monumentos filosóficos y teológicos levantados por la sabiduría cristiana. El insigne cardenal Mercier, en reciente discurso, con ocasión igual a la que hoy nos tiene aquí congregados, ha hecho un paralelo entre la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino y la *Divina Comedia*, para mostrar la identidad de doctrina de una y otra obra, y cómo en ambas se contienen cuantas verdades humanas y divinas había adquirido la humanidad hasta entonces. La diferencia está en que el Aquinate las presenta desnudas, en forma rígidamente enseñadora, y el Alighieri las viste con espléndido ropaje de poesía. Me atrevo a agregar que si es lícito comparar lo humano con lo divino, la *Comedia* es a la *Suma* lo que los *Salmos* del Real Profeta al *Pentateuco* del legislador del Sinaí.

¡Con razón que el Sumo Pontífice Benedicto XV, al recomendar la celebración de este centenario, haya podido exclamar: El Alighieri es nuestro!

R. M. CARRASQUILLA

Director de la Academia Colombiana.

Bogotá, 14 de septiembre de 1921.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico